

LAS CIENCIAS OCULTAS

Henry S. Olcott

Presidente de la Sociedad Teosófica

[Una Conferencia dictada en Colombo, Ceilán, el 15 de junio de 1880.]

(*The Theosophist*, agosto de 1880)

En el décimo capítulo de su famosa obra titulada *Una Investigación acerca del Entendimiento Humano*, David Hume intenta definir los límites de la investigación filosófica. El autor se complace de que con su trabajo ha logrado imprimir en el "sabio y erudito" — una distinción más que necesaria, ya que un hombre puede ser sabio sin haber aprendido de todo, en tanto que la ciencia moderna nos ha presentado a muchos de sus más famosos hombres quienes, aunque estallen de erudicción como Jack Bunsby, están lejos, *muy* lejos de la sabiduría— su (de Hume) postulado que debe ser "un eterno confrontar todo tipo de delirios supersticiosos". Por muchos años este enunciado oracular fue incuestionable, y el apotegma de Hume quedó fijado como un pañuelo embebido en cloroformo, sobre la boca de todos los hombres que han tratado de discutir los fenómenos del mundo invisible. Pero un valiente hombre de ciencia inglés — que tenemos el orgullo de decir que aceptó el diploma de nuestra Sociedad Teosófica — a saber, Alfred Russell Wallace, F.R.S., ha puesto la infalibilidad de Hume en cuestión. Ha encontrado dos graves defectos en su proposición de que un milagro es un "castigo a las leyes de la Naturaleza", ya que supone, en primer lugar, que conocemos *todas* las leyes de la Naturaleza; y en segundo lugar, que un fenómeno inusual es un milagro. Diferente uso de la palabra, ¿no es después de todo una especie de egotismo ridículo que cualquier hombre diga qué es, o más bien qué *no* es, una ley de la Naturaleza? Me he deleitado con el conocimiento de los científicos que pueden actualmente repetir los nombres de las diversas partes de una chinche e incluso de una pulga. Este es un raro mérito que ellos mismos adornan no poco, y eleva por los aires a un hombre de ciencia. He hablado con ellos acerca de las leyes de la Naturaleza y he encontrado que pensaban saber lo suficiente de ellas para dogmatizar conmigo sobre lo Cognoscible y lo Incognoscible. Conozco doctores en medicina, incluso profesores, que saben de la

fisiología y las dosis medicamentosas de sus pacientes, quienes exceden la media convencional de accidentes considerados dentro de la buena praxis admitida en la profesión. Dogmatizaron acerca de la ciencia y las leyes de la Naturaleza, a pesar que ni uno podía decirme algo positivo sobre la vida del hombre, ya sea en los estados de *óvulo*, embrión, niño, adulto o cadáver. Las más francas autoridades médicas siempre han confesado con sinceridad que el ser humano es un rompecabezas aún sin resolver y la medicina una “científica tarea de adivino.” ¿Alguna vez un cirujano, estando con un sujeto sobre la mesa de disección del anfiteatro, se atrevió a decir en su clase que sabía lo que es la vida, o que su bisturí podría cortar algún velo entre los tegumentos de manera de poner al descubierto el misterio? ¿Y algún botánico moderno ha podido explicar alguna vez cuál es la tremenda ley secreta que hace que cada planta o árbol produzca semillas de su propia especie? El Sr. Huxley y sus colegas biólogos han demostrado que el protoplasma –la sustancia gelatinosa que forma la base física de la vida- es en su composición sustancialmente idéntica en la planta y el animal. Pero no pueden ir más allá de lo que el microscopio y el espectroscopio los llevan. ¿Hay duda? Escuchemos a continuación la mortificada confesión del profesor Huxley por sí mismo. “En rigor estricto”, dice, “¡es cirto que no sabemos nada acerca de por qué es como es la composición de cualquier órgano del cuerpo!” Y, no obstante, ¿quién más que los hombres de ciencia han dogmatizado sobre las limitaciones de la investigación científica? ¿Por qué los químicos creen que al disolverse el cuerpo humano en sus gases elementales y poder colocar las cenizas de lo que una vez fue un hombre alto en un paquete de cigarrillos y una gran botella, puede ayudarles a entender mejor lo que realmente fue la vida del hombre? Pregúntenles; -yo, por mi parte, estoy dispuesto a dejar las restantes cosas sin respuesta bajo sus inalteradas evidencias.

¿Ciencia? ¡Bah! Lo que existe no es digno de llevar ese nombre imperial hasta tanto sus representantes más renombrados sean capaces de explicarnos una mínima parte del misterio del hombre o de la naturaleza que lo rodea. ¡Qué la ciencia explique mínimamente cómo crece una brizna de hierba, o el puente sobre el “abismo” que el Padre Félix, el gran orador católico francés, burlonamente dijo a la Academia que existe hasta llegar a un grano de arena, y luego que dogmaticen tanto como gusten sobre las *leyes de la Naturaleza*!

Haciendo causa común con todos los heréticos, odio esa presuntuosa pretensión, y como alguien que, después de haber estudiado psicología durante casi treinta años, tiene algún derecho a ser oído, protesto y repudio totalmente el más mínimo reclamo de nuestra ciencia moderna a conocer todas las leyes de la Naturaleza, y a decir qué es o qué no es posible. En cuanto a las opiniones de los críticos no científicos, quienes prácticamente nada informan acerca de tan sólo una ley de la Naturaleza, ni tan siquiera vale la pena escucharlos. Y, no obstante, en un clamor se aseguran que el oído público sea atacado por el estrépito de estos ignorantes y presumidos críticos. Es como estar entre la multitud de la bolsa de comercio. Cada una de las autoridades está dogmatizando de la forma más imponente y vociferante. Uno puede pensar, leer y escuchar lo que todos estos sacerdotes, editores, autores, diáconos, ancianos, funcionarios civiles y militares, abogados, comerciantes, jóvenes y viejas mujeres, y sus seguidores, admiradores y los que se hacen eco de lo que tienen para decir; ¡que las leyes de la Naturaleza les son tan familiares como el alfabeto, y que cada uno lleva en su bolsillo la combinación de la llave de la cerradura del Universo! Si estas personas tan sólo se dieran cuenta de lo necias que en realidad son al precipitarse en

"..... donde los Angeles temen hollar,"

— reducirían en algo sus pretensiones. Y si tienen de sentido común tanta abundancia como de presunción, escucharían una conferencia sobre Ciencias Ocultas con un espíritu más humilde que el que, me temo, podemos contar en nuestros días.

He tratado simplemente de llamar su atención sobre la ignorancia confesa de nuestros científicos modernos sobre la naturaleza de la vida, mostrando que, de hecho, todos los fenómenos visibles están ocultos o se esconden al indagador promedio. El término *oculto* ha sido dado a las ciencias relacionadas con el lado oculto de la Naturaleza, la rama de las Fuerzas del Espíritu. Abra cualquier libro de ciencia o escuche alguna conferencia o discurso de una moderna autoridad, y verá que la ciencia moderna limita su indagación al universo visible material o físico. Las combinaciones y correlaciones de la materia bajo el impuso de fuerzas ocultas, es lo que estudian. Para facilitar esta línea de investigación, el ingenio mecánico ha prestado la más maravillosa asistencia. El microscopio ha sido

perfeccionado a fin de revelar los más pequeños objetos en el pequeño mundo de una gota de rocío; el telescopio pone en su campo y focaliza brillantes constelaciones que, como poéticamente dice Tom Moore

"..... se erigen
Como parpadeantes centinelas en el vacío
Más allá de las cuales habita el Caos;"

las balanzas de los químicos pueden pesar hasta la diez milésima parte de un grano; por el espectroscopio, según se alega, la composición de todas las cosas sobre la tierra, soles y estrellas, es demostrable en las líneas que se hacen a través del espectro, sustancias que hasta el momento se suponían elementos demuestran ahora ser compuestos, y otras que imaginábamos compuestos, resultan ser elementos. Pulgada a pulgada, paso a paso, la Ciencia Física ha marchado desde su antigua prisión en el calabozo de la Iglesia hacia su objetivo deseado, al borde de la naturaleza física. No sería exagerado admitir que la orilla ha sido casi alcanzada, pero que el reciente descubrimiento del teléfono por Edison, el fonógrafo y la luz eléctrica, y de Crookes sobre la existencia y propiedades de la Materia Radiante, parecen haber llevado más lejos el abismo que separa lo admitido como Cognoscible de lo Incognoscible imaginado. Los recientes avances de la ciencia física tienden a mitigar un poco el orgullo de nuestros científicos. Es como si todos los dominios anteriormente inauditos de repente hubiesen sido expuestos a la vista ya que cada nuevo conocimiento eminente es aprovechado, al igual que el viajero ve a largo alcance los países a ser recorridos subiendo a la cresta de la montaña mucho más allá que estando encerrado en su estrecho horizonte. El hecho es que, considerada en su aspecto físico o dinámico, la Naturaleza es un libro con una interminable variedad de aspectos a estudiar y misterios a desentrañar. Y con respecto a la Ciencia, es mil veces más lo oculto que lo familiar y fácilmente comprensible.

La realización de este hecho, tanto como el resultado de investigaciones personales y de conversaciones con los eruditos, fue una de las principales causas de la organización de la Sociedad Teosófica.

Ahora, debe acordarse que, mientras que la primera necesidad para el sincero estudiante es descubrir la profundidad e inmensidad de su propia ignorancia, la siguiente es averiguar dónde y cómo puede ser disipada. Debemos primeramente reconocernos alumnos para entonces buscar alrededor a un maestro. ¿Dónde, en qué parte del mundo, pueden encontrarse hombres capaces de enseñarnos una parte del misterio que se oculta tras la máscara del mundo material? ¿Quién posee el secreto de la Vida? ¿Quién sabe cuál es la Fuerza, y cuáles las causas para lograr a su alrededor innumeables, eternas correlaciones con las moléculas de materia? ¿Qué adepto puede descifrarnos el problema de cómo se construyen los mundos y por qué? ¿Quién puede decirnos de dónde vino el hombre, a dónde va, por qué existe? ¿Cuál es el secreto de su nacimiento, del sueño, del pensamiento, de la memoria, de la muerte? ¿Qué es lo Eterno, el Principio Autoexistente, lo que de común acuerdo se cree que es la fuente de todo lo visible e invisible, y con lo que el hombre reclama un parentesco? Nosotros, pequeñas personas modernas, debemos ir tras la búsqueda de este profesor, con nuestras linternas de juguete en las manos como si fuera de noche en vez del brillante día. La luz de la verdad brilla todo el tiempo, pero nosotros, siendo ciegos, no la podemos ver. Cuánta nueva autoridad se proclama, y esto ocurre en todas partes, pero sólo se ve a un hombre común con los ojos vendados, celebrando a un bello estandarte y soplando su trompeta. “Ven”, solloza, “¡ven, buena gente, y escucha a uno que conoce las leyes de la Naturaleza. Sigue mi ejemplo, forma parte de mi escuela, entra a mi iglesia, compra mi panacea y serás sabio en este mundo, y feliz en lo sucesivo!” Cuántos de estos pretendientes ha habido, cuántos de ellos se han impuesto por un tiempo en el mundo; que ruindades y crueldades han hecho sus devotos en su nombre, y sus fingidas humildes reverencias han sido finalmente expuestas, como las páginas de la historia lo demuestran. Sólo hay una verdad, y es el objeto de la búsqueda en el místico mundo de la naturaleza interior del hombre, teosóficamente, y por la ayuda de las “Ciencias Ocultas”.

Si la historia ha preservado el registro multitudinario de los fallos de los materialistas en leer el secreto de las leyes de la Naturaleza, también ha mantenido para nuestra instrucción las historias de muchos éxitos obtenidos por teósofos en esa dirección. No hay en la Naturaleza ningún impenetrable misterio para el estudiante que sabe cómo interrogarla. Así como los hechos físicos pueden ser observados con

los ojos del cuerpo, del mismo modo pueden las leyes espirituales ser descubiertas por nuestra percepción interior que llamamos el ojo del espíritu. Este poder de percepción inherente a la naturaleza del hombre, es su cualidad divina que lo hace superior a las bestias. Lo que llamamos videntes y profetas, los budistas conocen como *rahats* y los arios como auténticos *sannyasis*, son sólo hombres que han emancipado su yo interior de la servidumbre física mediante la meditación en sitios aislados donde la mugre de la humanidad promedio no puede ensuciarlos, y donde más cerca están del umbral del templo de la Naturaleza, y por la gradual y persistente conquista del brutal deseo después del deseo, el gusto después del sabor, la debilidad después de la debilidad, la sensación después de la sensación, es que han avanzado a la victoria final del espíritu. Se dice que Jesús se alejó apartándose de la tentación; lo hizo Mahoma que pasó un día de cada mes sólo en una cueva de montaña; lo hizo Zoroastro, que surgió de la reclusión de su retiro de montaña sólo a la edad de 40 años; lo hizo Buda, cuyo conocimiento de la causa del dolor y el descubrimiento del sendero del Nirvana, fue obtenido a través de la solitaria lucha consigo mismo en lugares desiertos. Ojee el libro de registros y se dará cuenta de que cada hombre que realmente logró penetrar los misterios de la vida y de la muerte, obtuvo la verdad en soledad y en un vigoroso trabajo de cuerpo y espíritu. Fueron todos Teósofos, esto es, una búsqueda original y luego el conocimiento espiritual. Lo que hicieron, lo que lograron, puede ser alcanzado por cualquier otro hombre en igual calidad.. Y esta es la lección enseñada por la Sociedad Teosófica. En la medida que rechazó las iglesias, las revelaciones y los dirigentes, y arrebató los secretos del seno de la Naturaleza, es que existe. Buda dijo que en nada debemos creer a la autoridad, ni siquiera a la suya, pero le creemos porque nuestra razón nos dijo que su afirmación era veraz. Comenzó incluso más allá de los sagrados Vedas debido a que fueron utilizados para impedir la primitiva investigación teosófica; descartó las castas por tratarse de monopolios egoístas. Su deseo era abrir de par en par todas las puertas del santuario de la Verdad. Hemos organizado nuestra Sociedad –como la primera sección de nuestros estatutos originales lo expresa- “para el descubrimiento de todas las leyes de la Naturaleza, y la difusión del conocimiento de las mismas”. ¿Por qué hemos de ocuparnos nosotros mismos del conocimiento de las leyes de la Naturaleza? Lo desconocido, lo que se oculta, es de especial incumbencia para nuestra investigación. Nadie en los Estados Unidos,

ni en Europa, donde ahora vivan, podría ayudarnos, excepto en las ramas especiales, tales como el magnetismo, la lectura del cristal, la psicometría, y aquellos fenómenos más notables de la llamada mediumnidad, agrupados bajo el nombre genérico de moderno espiritismo. Aunque los Vedas, los Puranas, el Zend Avesta, el Corán, y la Biblia están llenos de alusiones a los dichos y hechos de maravillosos trabajadores teosóficos, se nos dijo que el poder de cada uno de ellos se ha apagado hace mucho tiempo, y que los adeptos se han desvanecido de la vista de los hombres. Cuando hemos mencionado la palabra Ciencia Oculta, el biólogo moderno torció sus labios en una mueca de desprecio, y el tonto necio dio paso a la insensata ocurrencia.

Se trata de una desalentadora perspectiva, sin duda, pero en esta, como en cualquier otra instancia, las dificultades son más imaginarias que reales. Nos ha dado una pista a la derecha por un camino alguien que ha empleado un largo tiempo de vida en el viaje, que encontró la ciencia existente, con sus peritos y maestros, practicando todavía como en los antiguos días. Las noticias fueron más alentadoras, como la ayuda y el socorro a unos náufragos en tierra hostil. Hemos aprendido a reconocer el valor supremo de los descubrimientos de Paracelso, de Mesmer y de Von Reichenbach, como peldaños hacia las ramas más altas del Ocultismo. Hemos recurrido nuevamente al estudio, y, cuanto más estudiamos, más clara idea hemos tenido sobre el sentido del mito y la fábula de los asiáticos, y el objetivo y método reales de los ascéticos teósofos de todas las eras. Las palabras “cuerpo”, “alma”, “espíritu”, “Moksha” y “Nirvana”, han adquirido respectivamente un comprensible y definido significado. Podemos entender que el Yogi desea expresar por sí mismo su unificación con Brahma, y convertirse en Brahma; por qué el biógrafo de Jesús le hizo decir “Yo y el Padre somos uno”; cómo Śankaracharya y otros pudieron mostrar maravillosos aprendizajes sin haber estudiado de los libros, de dónde Zartushtra adquirió su profunda iluminación espiritual, y cómo el Señor Śakya Muni, siendo un hombre "nacido príncipe," no obstante se convirtió en Omnisciente y Todopoderoso. ¿Anhelan mis oyentes aprender este secreto? Estudie el mesmerismo y domine sus métodos hasta que pueda sumir su persona en un profundo sueño en el que el cuerpo parezca muerto, y el alma pueda libremente dirigirse a donde quiera que desee, sobre la tierra o entre las estrellas. Entonces podrá ver la realidad separada del cuerpo y su morador. O, lea “El

Alma de las Cosas” del profesor Denton, y pruebe los ilimitados recursos de la psicometría, una extraña y sin embargo simple ciencia que nos permite rastrear a través de los años la historia de cualquier sustancia sostenida en las sensibles manos del psicometrista. De este modo, un fragmento de piedra de la casa de Cicerón, o de las pirámides egipcias, o un trozo de tela del sudario de una momia; o un frágil pergamino o carta o pintura; o alguna prenda de vestir u otro artículo usado por un personaje histórico, o un fragmento de aerolito; da al psicometrista impresiones, que a veces ascienden a visiones particularmente vívidas, de la construcción, monumento, momia, escrito o pintura, o del personaje fallecido hace largo tiempo, o de la órbita meteórica del objeto caído antes mencionado. Esta espléndida ciencia, por cuyo descubrimiento en el año 1840 el mundo de la ciencia está en deuda con el profesor Joseph K. Buchanan, que ahora es un miembro de nuestra Sociedad, está justamente comenzando a mostrar sus capacidades. Pero ya nos ha demostrado que en el *Akasa*, o Eter de la ciencia, están preservados los registros de toda la experiencia humana, la escritura y la palabra. No importa cuánto tiempo ha pasado y cuánto se haya olvidado, aún sigue siendo un registro, y, de acuerdo a lo estimado por Buchanan, aproximadamente cuatro de cada diez personas tienen en mayor o menor grado el poder psicométrico de leer las imperecederas página del Libro de la Vida. Aún tomados por sí solos el mesmerismo, o la psicometría, o la teoría del Od del Barón Reichenbach, o Fuerza Odica, son suficientemente maravillosas. En el Mesmerismo un sujeto sensitivo es puesto, mediante el magnetismo, en un sueño magnético, durante el cual él o su cuerpo es insensible al dolor, los ruidos, o cualquier otra influencia perturbadora. El psicometrista, por el contrario, no duerme, pero solamente está o reside en su cuerpo pasivamente, mientras sostiene la carta, fragmento piedra u otro objeto, en la mano o contra el centro de su frente, y sin saber en absoluto lo que es o de donde vinieron, describe lo que él o ella siente o ve. De ambos métodos de búsqueda en el mundo invisible, la Psicometría es preferible, ya que no carga con los riesgos del letargo magnético, derivados de la inexperiencia del operador, o la baja vitalidad física en el sonámbulo. El Barón Dupotet, M. Cahagnet, el profesor William Gregory, y otras autoridades nos mencionan instancias de este último tipo en el que el durmiente con dificultad fue llevado de regreso a la conciencia terrenal, tan trascendentalmente hermosas fueron las escenas que se rompieron después de su visión espiritual. El descubrimiento de Reichenbach, el

resultado de varios años de investigación experimental con los más expansivos aparatos y una gran variedad de sujetos, por uno de los más eminentes químicos y físicos de los tiempos modernos, fue este. Una fuerza insospechada hasta ahora existe en la Naturaleza, posee, como la electricidad y el magnetismo, sus polos positivo y negativo. Lo impregna todo en los reinos mineral, vegetal y animal. Nuestra Tierra está cargada con ella, está en las estrellas, y existe un estrecho intercambio de influencias polares entre nosotros y todos los cuerpos celestes. Aquí tengo en mis manos un espécimen de cristal de cuarzo, me fue enviado desde las Montañas Gastein en Europa por la Baronesa Von Vay. Antes del descubrimiento por Reichenbach de la Fuerza Odica, como él la llama, no tenía un especial interés para el geólogo, más allá de ser un curioso ejemplo de imperfecta cristalización. Pero ahora posee definitivamente un valor por encima de aquel. Si paso el ápice, o polo positivo, a lo largo de la muñeca o la palma de una persona sensitiva, consecuentemente, sentirá una sensación de calor, o frío, o un soplo de un fino hacecillo, una muy fina pincelada de aire sobre la piel. Algunos sienten una cosa, algunos otra, de acuerdo con la condición ódica de sus propios cuerpos. Hablando de este último fenómeno, a saber, que la polaridad ódica de nuestros cuerpos es peculiar a nosotros mismo, diferente en los cuerpos de unos a otros, diferente en los lados derecho e izquierdo, y diferente a la noche y por la mañana en el mismo cuerpo, permítaseme preguntar si un fenómeno tan informado, supuesto por los ignorantes que es milagroso, y sin embargo negado constantemente por aquellos que nunca lo vieron, no puede ser clasificado como uno puramente ódico. Me refiero a la levitación de ascetas y santos, o al incrementeo en el aire de sus cuerpos en momentos en que estaban en profundo estado de trance. El Barón Reichenbach encontró que la sensibilidad ódica de sus mejores pacientes cambiaba mucho en la salud y en la enfermedad. El profesor Perty, de Génova, y el Dr. Justinus Körner nos dicen que los cuerpos de ciertos pacientes histéricos se elevaban en el aire sin causa visible, y flotaban ligeros como una pluma. Durante los horrores de la brujería de Salem una de las sujetos, Margaret Rule, levitó similarmente. El Sr. William Crookes recientemente publicó una lista de no menos de cuarenta católicos extáticos cuya levitación es considerada como prueba de su peculiar santidad. Inclusive yo mismo, en común con muchos otros observadores modernos de fenómenos psicológicos, he visto a una persona, en pleno goce de conciencia, levantarse en el aire

por un mero ejercicio de voluntad. Esta persona era un asiático de nacimiento y que estudió las ciencias ocultas en Asia, y explica el notable fenómeno con un simple ejemplo de cambio de polaridad corporal. Todos ustedes conocen la ley eléctrica según la cual cuerpos similarmente electrificados se atraen y repelen unos a otros. Nosotros decimos que estamos sobre la tierra a causa de la fuerza de gravedad, sin detenernos a pensar qué parte de la explicación es un mero parloteo transmitido a la mente sin una idea precisa. Supongamos que decimos que estamos adheridos a la superficie de la tierra, porque la polaridad de nuestros cuerpos es opuesta a la polaridad de la porción de tierra sobre la que nos encontramos. Eso sería científicamente correcto. Pero, ¿cómo sería si nuestra polaridad se invirtiese, sea por enfermedad, o por el pase mesmérico de un poderoso magnetizador, o por el esfuerzo constante de una voluntad entrenada? Por clasificar: supongamos que tenemos alguno de los siguientes casos, un paciente histérico, un extático, un sonámbulo o un adepto a las Ciencias Ocultas asiáticas. En cualquiera de los casos la polaridad del cuerpo debe ser cambiada a su polaridad opuesta, y para que nuestro estado eléctrico, magnético u ódico sea idéntico al de la tierra debajo de nosotros, tal como la extensamente conocida ley electropolar lo afirma, nuestro cuerpo debe elevarse en el aire. Es como flotar siempre y cuando estas mutuas diferencias poláricas se mantengan, y se elevará a una altura exactamente proporcional a su intensidad. Mucha luz ha sido arrojada por el mesmerismo y el descubrimiento del Od sobre lo que antiguamente la Iglesia denominaba “milagros”.

Pero nuestro cristal de montaña tiene otra mucho más sorprendente peculiaridad que la mera polaridad ódica. Aparentemente no es más que un pobre pedazo de vidrio, y sin embargo en su corazón pueden verse extraños misterios. Hay, sin duda, una veintena de personas en esta gran audiencia que, si se sentaran en una postura cómoda y en un lugar tranquilo, y fijaran su vista en mi cristal durante algunos minutos, podrían ver y describirme imágenes de personas, lugares y escenas de diferentes países tanto como de su propia y hermosa Ceilán. Puse el cristal en la mano de una señora, que es clarividente natural, justo después de haberlo recibido desde Hungría. “Veo”, dijo, “una gran, hermosa sala en lo que parece ser un castillo. A través de una ventana abierta puedo ver un parque con extensos y tranquilos paseos, césped podado, y árboles. Una dama de aspecto noble está haciendo algo sobre una mesa de mármol en una de las parcelas. Un

sirviente con rico atuendo está como a la espera de las órdenes de su ama. Ella está con este cristal, y lo pone en una caja de color marrón, algo así como una cajita musical.” La clarividente no sabía nada sobre el cristal, pero dio una descripción precisa del remitente, de su residencia, y de la caja en la que el cristal llegó a mí. ¿Cómo puede ser? ¿Puede alguna de las personillas que presumen, quienes de manera poco inteligente hablan de lo absurdo de las Ciencias Ocultas, responder?

Las cuidadas investigaciones de Reichenbach demuestran que los minerales tienen cada uno su propia peculiar polaridad ódica, y esto nos permite comprender gran parte de lo que los asiáticos han dicho acerca de las propiedades mágicas de las gemas. Todos ustedes han oído hablar de la relación que siempre tuvo el zafiro con respecto a sus supuestas propiedades mágicas para asistir a la visión sonambúlica. “El zafiro”, de acuerdo a las escrituras budistas, “abrirá puertas clausuradas y moradas (para el espíritu del hombre); produce un deseo de orar, y trae consigo la paz más que cualquier otra gema; pero quien lo porte debe llevar una vida pura y santa.”

Ahora una serie de investigaciones de Amoretti sobre la polaridad eléctrica de las piedras preciosas (que se encuentran reportadas en *Archia*, de Kaiser, Vol. IV., p. 62) dio lugar a que se demuestre que el diamante, el granate, la amatista, son –E mientras que el zafiro es +E. Orfeo dijo que mediante una piedra cargada puede verse afectada una audiencia completa. Pitágoras, cuyo conocimiento derivaba de la India, presta particular atención al color y la naturaleza de las piedras preciosas, y Apolonio de Tyana, uno de los hombres más grandes y más puros que jamás haya vivido, enseñó a sus discípulos con precisión las diversas propiedades ocultas de las gemas.

De este modo la indagación científica, agregando las investigaciones de los grandes filósofos, las experiencias de éxtasis religioso, continuamente –aunque, por lo general, involuntariamente- nos dan una base sólida para los estudios ocultistas. Cuanto más fenómenos físicos son observados y clasificados, más beneficiados son los estudiantes de ciencias ocultas y de las antiguas ciencias asiáticas, las filosofías y la religión. El hecho es que, nosotros, los europeos modernos, hemos estado tan cegados por la bruma de nuestra propia presunción que no hemos sido capaces de mirar más allá de nuestras

narices. Nos hemos jactado de nuestra gloriosa ilustración, nuestros descubrimientos científicos, nuestra civilización, y nuestra superioridad sobre la gente de piel oscura, y frente a todas las naciones, al este del Volga y el Mar Rojo o al sur del Mediterráneo, hasta llegar casi a creer que el mundo fue edificado para la raza anglosajona, y las estrellas para embellecer nuestra porción de cielo. Incluso hemos fabricado una religión para adaptar a nosotros los materiales asiáticos, y creemos que es mejor que cualquier religión de la que se haya escuchado antes. Es hora de que esta infantil vanidad se termine. Es tiempo de tratar de descubrir las fuentes de las ideas modernas; y comparar lo que pensamos saber de las leyes de la Naturaleza con lo que los asiáticos realmente sabían, miles de años antes de que Europa estuviera habitada por nuestros antepasados bárbaros, o que un pie europeo fuera puesto sobre el continente americano. Los crisoles de la ciencia se calientan al rojo vivo y en ellos se está derritiendo todo lo que creemos que podemos obtener de hecho. ¿Supongamos que, para variar, nos acercamos a la gente de Oriente con un espíritu menos presuntuoso, y confesando honestamente que no sabemos nada en absoluto de principio a fin de la Ley Natural, les pedimos que nos ayuden a descubrir lo que sus antepasados sabían? Esta ha sido la política de la Sociedad Teosófica, y que ha dado ya valiosos resultados. De ello depende, señoras y señores, que los “sabios hombres de Oriente” que aún existen, y las Ciencias Ocultas sean mejor valoradas y estudiadas de lo que popularmente se supone.

(La conferencia fue fuertemente aplaudida y, al clausurarse, a propuesta del Sr. James, Maestro de Ciencias en la Universidad de Colombo, fue aprobado un voto de agradecimiento).